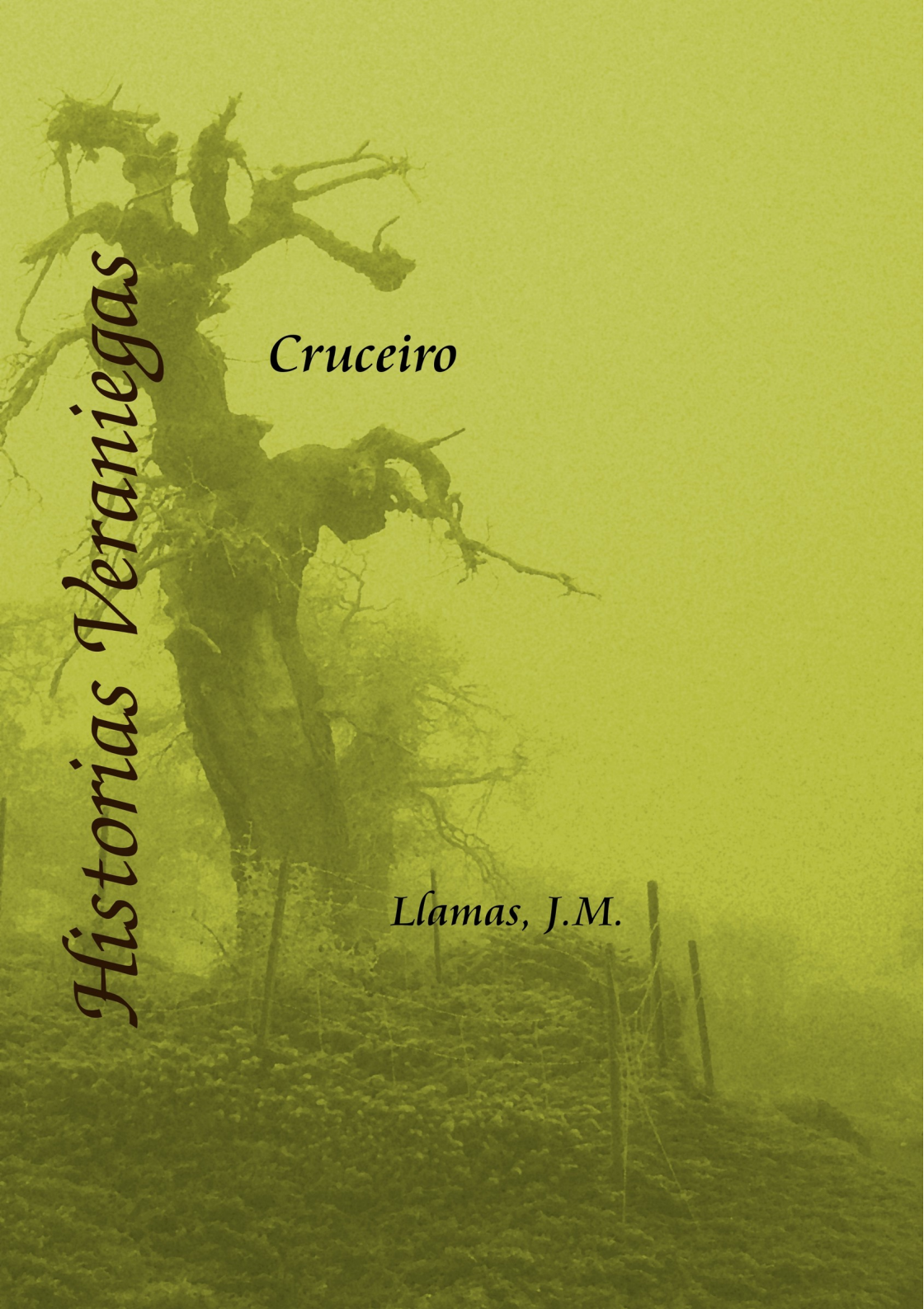


Historias Veraniegas

Cruceiro

Llamas, J.M.

Cruceiro

Llamas, J.M.

Índice

Nueve Almas.....9
Intro: 9.....11
1: El Bosque.....15
2: La Montaña.....31
3: El Camino Cambiante.....43
4: Cruceiro.....59
Epílogo: El Peregrino.....71

A Ángel y Carolina, Jesús, Alicia, Rosa y Tony, Margarita, y Loli, las ocho almas compañeras de camino, desde la parroquia San Fernando, hacia Santiago, y hacia lo más profundo de Dios y del corazón. Y a todos los demás hermanos que, como pueblo unido, como Diócesis, caminamos hacia el Abrazo del Santo, con toda la Iglesia.

Cruceiro: Los cruceiros son cruces altas, realizadas en piedra, y tienen carácter sagrado. Se pueden encontrar en los atrios de las iglesias y, por supuesto, en muchos cruces de caminos. Los cruceiros situados en las encrucijadas de los caminos tienen una fuerte simbología religiosa y popular. En muchos casos recuerdan antiguos lugares paganos que eran conocidos por alguna propiedad curativa, y que son, así, reconvertidos al cristianismo por medio de la Cruz; en otros casos, son una muestra de gratitud por alguna gracia concedida. Sin embargo, en ocasiones, los cruceiros recuerdan que en ese mismo lugar ocurrió una muerte violenta: la construcción serviría de ayuda para que el alma del difunto no vague sin rumbo y pueda hacer daño a los vivos. El cruceiro es también una especie de protector para los caminantes en las intersecciones de los caminos, donde se puede perder la orientación… Para acabar, destacamos la relación entre cruces de caminos, cruceiros y la gran leyenda gallega

de **La Santa Compaña.** Ésta es una misteriosa comitiva de almas en pena que vaga por las noches gallegas, siendo uno de los lugares de reunión, precisamente, los cruces de caminos.

Nueve Almas.

Aunque la noche oscura llegue,
negra como abismo insondable,
doy gracias al Dios que Es
por mi alma inconquistable.

Sean cuales fueren mis circunstancias,
miro siempre más allá, no me voy a lamentar.
Sean cuales sean los golpes del destino,
Tus ojos, Tus pasos me sabrán acompañar.

Vendrán la cólera y las lágrimas,
vendrá el cansancio, el negro deseo de perderme.
Por fiera que parezca la tormenta,

No me podrá el miedo, eres Tú el que me sostienes.

No importa lo estrecho del sendero,

no importa lo escarpado de la montaña.

Eres el guardián de mi destino;

Eres el Único Capitán de mi alma.

Llamas, J.M.

Versión libre de "*Invictus*", de William Ernest Henley.

"I Went with Nothing,

Nothing but the thought of You:

I went Wandering".

U2: *"The Wanderer"*. Zooropa.

Intro: 9.

Camino. ¿Hacia dónde? Cómo saberlo. Camino, camino, camino, sin preguntar. Pero no voy solo. Hay otros. ¿Y qué si otros también caminan? Yo voy por mi camino.

Camina. Yo no sé hacia dónde voy, quizás ella lo sepa. O quizás no. Sigue, sigue, sigue, no preguntes, sigue. Nada ni nadie podrá evitar que llegues hasta el final, si hay final. Llegarás, a pesar de todo, si hay todo, y si hay donde llegar. ¿Llegará ella? No te preocupes: camina.

Caminan. Yo, también. Parece que hablan. Parece que hablar les ayuda. Y cuando caminan en silencio, miran más allá de ellos. Es extraño: su silencio es sonoro, sus palabras salen del fondo, llegan al fondo, remueven el fondo. No quiero. Dejad mi fondo. Nadie tiene derecho a remover. Sigo caminando.

Caminamos. Sin saber por qué, caminamos. No sé cómo ha pasado. No lo busqué, pero llegó. No lo quise, pero lo acepté. Y ahora hablo desde mi fondo, voy desnudo, ya no puedo esconderme. El silencio es un grito, pero ya no soy yo quien grita. Alguien me grita desde mis pozos más oscuros. Alguien me llama desde la luz que se ve allá arriba, en un lugar al que no sé llegar. Alguien me da su mano, pero no sé si quiero tomarla.

Alguien llora a mi lado, pero llora en mi lugar, llora por mí, sus lágrimas son las que yo no he conseguido derramar.

Nueve almas caminamos, y el camino nos va uniendo. ¿Queríamos? ¿Lo hemos buscado? ¿Nos hemos querido encontrar? Ese otro, misterioso, es el que nos ha buscado, el que nos ha encontrado, el que nos ha unido. Ahora ya nada volverá a ser igual mientras ese Otro siga cerca. Ahora, ese Otro va abriendo camino. Va haciendo camino. Va siendo el camino. Y yo… camino. Pero ya mi camino es una pregunta, y no es mío.

1: El Bosque.

El Sol acaba de desaparecer tras el oscuro frondoso follaje de este bosque en el que estamos. Poco a poco, los árboles dejan de ser una maravillosa techumbre que nos protege del calor, y se convierten en una amenaza, oscura, silenciosa, que sólo canta y baila con el misterioso ulular del viento entre las hojas. Ruidos de seres invisibles aquí y allá, quizás buscando alimento, quizás esperando en cualquier lugar oculto para atacar. No es buen sitio para dormir, pero es peor sitio para perderse. Si alguien se ha perdido aquí de día, si no recobra su camino antes de la puesta de sol, que deseche cualquier esperanza de seguir adelante, porque no

averiguará dónde está lo que anda buscando. Todos los senderos son iguales, todos los claros parecen el mismo, todos los árboles observan con la misma impasible mirada cuando llega la oscuridad. Y ese hilo de esperanza se convierte en la resignación de tener de seguir donde mismo, o de acabar en algún lugar al que no se quiere llegar nunca. La pregunta es: ¿por dónde? Y no hay respuesta.

Alguien llega a nuestra altura. Primero se escucha el ris, ris, ris de una linterna que recarga la batería. Luego, una luz blanca recorre el lugar aquí y allá nerviosamente; después, se aparta la fronda y asoma una cabeza. No os preocupéis: nosotros somos sólo testigos de lo que está pasando. Ese alguien no puede vernos, porque está solo.

Alguien está en este pequeño claro del bosque. Lleva una mochila pequeña, pero pesada, llena de cosas que sólo él sabe. Es una mochila demasiado pesada. Alguien se sienta encima de una piedra, suspira, se quita la

mochila y la deja cerca. Luego mira al cielo. Pero en el cielo no hay señales que le puedan ayudar a salir de allí. Durante unos momentos, se escucha el bosque, pero Alguien tiene miedo del bosque y, sobre todo, del silencio. Se levanta, y empieza a caminar en círculos, a lo largo del claro, y a hablar consigo mismo.

- No puede ser. Creo que ya he estado aquí. Creo que ya he cruzado todos los caminos de este bosque, y no encuentro la salida. Parece que estos árboles se están riendo de mí: me ven pasar, una y otra vez, y siguen tal cual, sin inmutarse, sin que les preocupe lo más mínimo mi desesperanza. ¿Por qué entré en este bosque? ¿Por qué decidí atravesarlo? ¿Por qué me entretuve con la belleza de sus parajes? ¿Qué o quién me impulsó a fijarme en él? No lo puedo creer. Estoy aquí, en mitad de la noche, en mitad del peligro, y no puedo salir. Y nada ni nadie puede ayudarme. No hay ni estrellas que me puedan mostrar el camino. Quizás debería quedarme aquí hasta que llegue el día. ¿Llegará el día? No lo creo.

Alguien ve su mochila, junto a la piedra. Alguien la coloca encima de la roca, con esfuerzo, y la abre.

- ... Y esta mochila. ¿De quién fue la idea de echar tantas cosas en ella? "Oh, sí, todo esto te hará falta: llena, llena, llena... El camino es largo, y nunca se sabe lo que vas a necesitar". Ahora no puedo cargar con todo esto. Tengo que dejar algo, pero ¿qué? Todo en ella parece tan imprescindible...

De repente, Alguien va sacando cosas de la mochila, y las va poniendo en círculo, alrededor.

Lo primero en salir es una enorme estatua de sí mismo, oscura, bella, con todo aquello que Alguien debe alcanzar, según él mismo, en la vida. Le cuesta sacar esa enorme figura de tan pequeña mochila, pero al fin, tras mucho luchar, sale.

- Vaya. ¿Qué será esto? Parezco yo. Y todo lo que lleva colgando... es todo lo que yo podría haber hecho

hasta ahora, y no he hecho; todo lo que podría ser, y no soy. ¿Y cómo voy a dejar esto fuera de la mochila? ¡He de llevarlo conmigo, forma parte de mí, Yo puedo ser más, he podido ser mucho más, soy una burda copia de mí mismo a medio hacer! Soy un fracaso de mi propio Yo…

Alguien mete la mano nuevamente en la mochila. Coge algo, pero este algo es tan pesado que Alguien no puede sostenerlo, y es engullido por la mochila. Pasa un tiempo, pero no ocurre nada: ahí está la mochila, con Alguien dentro, y aquella oscura estatua cerca, y nada más. Pasan los segundos, largos, secos, vacíos. De repente, una mano sale y se agarra de una de las asas de la mochila. Se escucha una respiración entrecortada. Un enorme esfuerzo que deforma la boca de ese extraño lugar por donde salen extrañas criaturas de extraños lugares interiores. Poco a poco, con esfuerzo sobrehumano, sale la cabeza de Alguien, va saliendo el cuerpo entero, va tirando de algo más allá de él, lo agarra con las dos manos, tira, tira más fuerte, ese algo

es escupido hacia el centro del claro del bosque… y toma forma lentamente, pasivamente, como un monstruo que hubiera tratado de engullir a quien lo llevaba dentro de la mochila.

El monstruo es una enorme piedra de oro, sin fisuras, absolutamente redonda, con una inscripción a lo largo del diámetro escrita una y otra vez, como si se tratara de un anillo que bordea toda la circunferencia. Las letras son claras, y su significado está oculto, por ahora, para Alguien: "Te tengo".

- ¿Qué demonios es esto? ¿Cómo… cómo podía estar ahí dentro? - se pregunta, absolutamente impresionado, Alguien-. ¿Y qué significan esas palabras: "Te tengo"? Yo no llené la mochila con estas cosas. ¡Nada de esto debería estar ahí! Yo solamente tenía la botella de agua, la linterna, la toalla, los dulces que me sobraron del desayuno, las barras energéticas, el chubasquero, el librito, un boli… ¿Por qué ahora salen todas estas cosas? ¿Qué… qué… qué cagada de gaviota

enferma significa todo esto?

Alguien está cada vez más nervioso. Mira por la boca de la mochila, esperando ver lo que había metido antes de salir. Respira aliviado: allí está todo. Introduce la mano, agarra algo, y lo saca. Y lo tira al suelo, maldiciendo una y otra vez: parece que aquello tampoco debería estar en su equipaje de mano. ¿Y qué es aquello? Difícil de explicar, sin duda: es un ser vivo, pero debe ser una especie nueva. Es más: son cuatro seres vivos, unidos por una cadena.

Uno de ellos es un personaje enano con traje militar, con una mano levantada y el puño cerrado. Mira por encima del hombro, señala todo lo que le rodea, quiere que todo se arrodille ante él, se postre, lo adore.

Otro es una tortuga, tan delgada que no parece tener carne, con los ojos tristes y vacíos, y el caparazón agrietado por el paso del tiempo y la dejadez.

El tercero es una serpiente de mirada vidriosa y nerviosa, deseosa de poder morder, con tres lenguas

bífidas y seis dientes de veneno mortal para el alma. No cierra la boca, busca víctimas que estén por encima de ella, levanta la cabeza hasta más allá de donde puede, y escupe cuando ve que no es capaz de más.

El cuarto, un pavo real cuya cola está llena de ojos de pestañas largas como alfileres que se hunden en su nuca. En vez de pico, este animal tiene unos labios enormes, cubiertos de una especie de miel que chorrea por el cuello y la pechuga. A través de sus labios sólo se escucha una frase: “porque yo lo valgo”.

Alguien mira aterrorizado a aquellos seres. Su corazón está desbocado, como si todo aquello no fuera nuevo, como si hubiera ido siempre con él sin él saberlo. Sudores fríos chorrean por todo su cuerpo. Mira con miedo la mochila. Sabe que no debería sacar más cosas, pero no puede evitarlo. Tembloroso, cae de rodillas, mete la mano por última vez, y se escucha un ruido que hace retemblar las raíces de los árboles del bosque: una especie de alud que se acerca, desde debajo del suelo, sin saber por qué, sin saber cómo, y parece querer salir por

algún lugar oculto. De repente, la boca de la mochila comienza a escupir piedras, que se colocan, cerrando el círculo que iban formando todas las demás cosas, como un muro. Una piedra, y otra, y otra más, hasta que una pared más alta de lo que Alguien podría saltar lo mira despiadadamente. Porque, eso sí, la pared tiene ojos negros, y boca negra, y risa negra. Y se ríe, se ríe de él, y esa risa es una niebla que lo rodea y lo paraliza. En mitad de la risa, unas palabras resuenan, como martillo que clavara su sien contra el suelo: "No puedes salir. No puedes salir. No puedes salir".

Alguien quiere huir, pero no sabe cómo. Golpea el muro, pero el muro no cede lo más mínimo; la muralla le ciega el futuro. Cuando se acerca a los extraños seres, es mordido, es escupido, es apaleado. El brillo de la esfera de oro le ciega la mirada, le ciega el presente. La estatua primera le ciega el pasado. Y así, ciego, llorando, Alguien se sienta en la piedra, y espera que la oscuridad, como una araña gigantesca que tejiera su tela alrededor, le cante una última nana, y lo devore sin dejar vestigio

alguno de su paso por el bosque.

Pero Alguien escucha una música nueva, algo aún más extraño que todo lo que le rodea. Todos lo escuchamos. Son unas palmadas, con un ritmo distinto, que hace callar a los seres del círculo mortal que lo rodea.

- ¡Vamos, ritmo! - dice una profunda voz cálida, al compás de las palmadas.

- ¿Quién anda ahí? - pregunta Alguien, llorando.

- ¡Vaya, vaya, vaya! Así que estás aquí. Justo a tiempo – contesta la voz profunda, aún desde lejos.

- ¿Quién eres? - pregunta Alguien.

- Soy Aquel al que has estado buscando toda tu vida. Y, si quieres, aquí estoy – dice la voz, alegremente.

- ¿Aquel al que he estado buscando toda mi vida? No te comprendo. Yo no creo haber buscado a nadie durante toda mi vida… - responde Alguien, aunque en realidad

es la estatua la que está respondiendo.

- Ah, vale. Entonces creo que he llegado antes de tiempo. Está bien, no hay problema: si quieres, me voy. Sólo quiero escucharte hablar a ti, no a esa horrible estatua de lo que podría ser y no fue – desafía la voz a Alguien.

- No, yo… no creo que hayas llegado antes de tiempo, quienquiera que seas – dice Alguien.

- Je, je. ¿Qué quieres, entonces?

- No sé lo que quiero. Me he quedado ciego – dice Alguien, mirando perdidamente la esfera de oro.

- Bien. Si no sabes lo que quieres porque te has quedado ciego, quizás quieras dejar de estar ciego – le responde la voz, acercándose, chasqueando los dedos.

- ¡No! No puedes pasar aquí dentro. ¿Cómo podrías curarme? - susurra la fría voz neblinosa del Muro.

- Eso es lo que tú crees. Verás: si tú no quieres, yo no pasaré. Está claro. Pero sólo has de quererlo, y todo será distinto. Ya te has dado cuenta de lo que ibas cargando, sin saberlo. Ya te has dado cuenta de que no puedes

liberarte tú solo. Ya estoy aquí. No tienes nada que perder, o, lo que es lo mismo, tienes todo que ganar. Y si te dejas guiar, yo te llevaré a lugares de Horizontes siempre nuevos.

- No lo sé. ¿Quién eres? Todavía no me has respondido.

- Te voy a responder con una pregunta: ¿quién eres tú? - dice la voz, cada vez más cerca.

- Yo soy Alguien – dice Alguien, tristemente.

- No eres Alguien. Te has convertido en Alguien, porque vas cargado con un fardo demasiado pesado. Si dejas que entre en tu vida, verás que el camino que te ofrezco es nuevo, y la carga que has de llevar será ligera. Pero depende de ti. ¿Quién, te repito, eres?

- ¡No lo sé! ¡Si me quitan todo esto, no sé quién soy! ¡Me quedaré desnudo, me convertiré en nada!

- Nada de eso. Te quedarás desnudo, y ése es el primer paso para ser tú mismo. Porque para ser tú mismo, tienes que renunciar a ti mismo.

- ¿Y entonces qué tendré? - pregunta, con los ojos

entornados, Alguien.

- La pregunta no es qué tendrás. La pregunta es quién te tendrá. Y ésa te la contestaré con mucho gusto: Yo te tendré. Y, si Yo te tengo, nada ni nadie, nunca, te podrá – contesta la Voz, que ya se encuentra tras los árboles cercanos.

- ¡Ven, entonces, quienquiera que seas! ¡Te he estado esperando toda mi vida! - exclama Alguien, abriendo los brazos.

- ¡Allá voy! - se oye, como un trueno. Entonces una cruz sale volando desde la oscuridad, se clava en mitad del círculo y, con un grito desgarrador, la estatua, la esfera, los seres infernales y el muro desaparecen bajo la tierra. Y se encuentra ahora en el claro esta mujer, que ya no es Alguien, que ya es ella, de rodillas, con los brazos abiertos, ante la Cruz. Y de entre los árboles sale Aquel que la ha liberado.

- ¡Hale, ya está! ¿Contenta? - le pregunta, guiñándole un ojo.

- ¡Oh, gracias, me has liberado! ¡Gracias, soy libre! - responde, mirando a la cruz, esta mujer.

- No te pongas nerviosa, hermana. Eres libre, pero sólo serás libre si coges la Cruz y te vienes detrás de mí, donde yo vaya – le responde, enigmáticamente, el liberador.

- ¿Y dónde vas? - pregunta esta mujer.

- Las zorras tienen madriguera y los pájaros nido, pero yo, querida mía, no tengo ni donde reclinar la cabeza. ¡Sígueme!

- ¿Y quién eres? - le pregunta esta mujer, cargando con la ligera cruz.

- ¡Vaya pregunta! Yo soy el que Soy, hermana. ¡Y vosotros, la Santa Compaña, dejad de espiar lo que está pasando, y vamos, acompañadnos, que también necesitáis ser liberados! - dice el que Es, mirando hacia nosotros - ¡Vamos, ritmo: palmas! ¡En el bosque me encontré..., un Alguien muy particular...!

Y así, mientras la luna aparece en el negro cielo,

ahora estrellado, esta mujer y todos nosotros, la Santa Compaña, seguimos al que Es, repitiendo sus palabras, por senderos nuevos que ni nosotros conocemos, rumbo a donde sólo Él sabe.

2: La Montaña.

Érase una vez…

En realidad, esto no es del todo cierto. Permítanme que me presente.

Soy la Montaña. La Montaña por la que hay que pasar para llegar al otro lado, para continuar el camino. Siempre estoy aquí, siempre soy inesperada, y siempre hay caminantes que se pierden dentro de mí. Aunque lo peor no es perderse: lo peor es tomar un camino equivocado, y saber que no se puede volver atrás para

tomar otro camino distinto. Y creer que hay que seguir por ese camino, y que no se puede salir de él. La historia que voy a narrarles hoy no pasó hace mucho tiempo: de hecho, terminó ayer mismo. El nombre de su protagonista es Job. No, no es aquel Job. Este Job, simplemente, era un hombre doliente porque caminaba por un camino equivocado que no tenía fin, y lo sabía.

Así pues, por aquí siempre hay caminantes: unos intentan llegar hasta mi cumbre, otros se entretienen en lugares bellos y parajes insólitos, otros intentan explorar mis rincones más ocultos… Todos, sin embargo, tienen la intención de atravesarme. Todos llegan a mí, en algún momento de sus vidas, y no todos salen por el otro extremo, no se crean. Y no será por falta de señales. Pero hay veces que las señales sólo las ve quien quiere verlas.

Hace un tiempo, entró un hombre de mediana edad por el camino del término de la Juventud. Iba decidido, dispuesto a llegar al otro extremo lo más rápidamente posible. Quizás ése fue su gran fallo. Porque Job se dio

cuenta de que el camino por el que había entrado no era lo que esperaba de él. Y, misteriosamente, sin saber por qué, el camino mismo se desvió. No es que él se desviara de camino: de repente, se metió en medio de una garganta de piedra, altísima, a través de la que nunca entra el Sol, y su camino quedó entre ambas paredes, a mi Sombra.

Durante los primeros días Job iba tranquilo. Algo apesadumbrado, pero tranquilo. Al fin y al cabo, se dijo, seguro que más allá aquel camino sería distinto, o se abriría, o habría un sendero a derecha o izquierda por el que transitar hasta llegar a otro lugar. Pero pasaron las jornadas, el Sol se negaba a aparecer en aquella línea, allá en lo alto, entre cornisas, que parecía ser el cielo, y las rocas eran iguales, las fuentes eran iguales, los matorrales eran iguales, los animales que iban de acá para allá eran siempre iguales. Y entonces, poco a poco, Job perdió la tranquilidad.

Primero pensó: "vaya por Dios. Quién me mandaría a

mí meterme en esta senda. No sé cómo estuve para no ver esta hondonada, para no ver que no había más camino que éste, y que no se podía volver para atrás. Porque está claro que no se puede volver para atrás". Sin embargo, llegó un momento en el que intentó caminar sobre sus pasos, hasta llegar al principio de la hondonada, antes de que comenzaran las cornisas.

Y caminó vereda atrás, un día, y otro, y otro: las mismas rocas, las mismas fuentes, los mismos matorrales, los mismos animales… Job caminaba decidido, creyendo que podría llegar hasta el comienzo y tomar otra vía. Pero, amigos míos, Job no sabía entonces que hay caminos que nunca vuelven al inicio. Caminó durante un tiempo. Hasta que llegó a un precipicio imposible de atravesar: cuando pasó él hacia arriba, la primera vez, la roca cedió y cayó más abajo, mucho más abajo de lo que él, con sus medios, podía alcanzar; y entre él y el inicio de la hondonada entre piedras se abría ahora un abismo infranqueable. Así, llorando por no poder seguir retrocediendo, aceptando que tenía que

cargar con aquella vía muerta hasta el final, se volvió; y, vacío de sentido, volvió a ver las mismas rocas, las mismas fuentes, los mismos matorrales, los mismos animales en los mismos lugares. Ya no había nada nuevo: era todo agua pasada, era todo aburrimiento sin brisa, pasos de piedra, ecos sin futuro. Miraba hacia delante, y sólo veía piedra, aquella estrecha vía que terminaba en una línea, que no parecía tener curvas, que no parecía tener ni siquiera aire nuevo…

Una mañana, Job se despertó y vio un cartel, justo ante él. Era una flecha amarilla que señalaba hacia delante. Debajo había una palabra: "ánimo". Durante un momento, aquel cartel emocionó a Job: alguien le señalaba el camino. Pero después Job volvió en sí, y se dijo: "la flecha señala hacia el único lugar que puede señalar. ¿Quién sabe cuánto tiempo lleva aquí este cartel? Quizás anoche no lo vi, pero eso no significa que no estuviera. ¿Ánimo? ¿Y qué puedo encontrar más adelante, sino lo mismo que llevo caminando desde atrás?".

Job siguió caminando. Sin embargo, algo había cambiado. No quería reconocerlo, pero aquella flecha era, lo quisiera o no, una novedad. Pequeña, sí, pero novedad, al fin y al cabo. Algo distinto en su camino sin ningún horizonte posible. No sabía qué debía animarlo, pero estaba más animado. Caminaba con más ritmo. Y le había parecido ver a su alrededor algo de musgo, entre las rocas: quizás estaba subiendo, quizás estuviera en la última parte de aquella interminable hondonada.

Pasaron los días. Y otro cartel vino a alegrar los ojos de Job: otra flecha amarilla hacia el frente, y otras palabras. "Hay un más allá". ¿Qué significaba eso? ¿Que iba a morirse entre aquellas rocas? ¿O quizás quería decir que había otro camino, distinto, al final? Si había allí alguien más, o bien estaba en su misma situación, y había decidido reírse de él, o bien había pasado ya por allí, y quería ayudarle a encontrar el camino. Fuera quien fuera, no tenía otra opción: confiar, o quedarse allí para siempre. Y, a regañadientes, eligió la primera

opción.

Pasaron otros días, no recuerdo ahora si fueron muchos o pocos. Job iba encontrando señales cuando se disponía a abandonar. Todas tenían una flecha que señalaba siempre más adelante. En algunas de ellas había también palabras de aliento: “no te rindas”, “el siguiente paso es el más importante”, “sigue, no te abandonaré”, y así, hasta que llegó a un lugar que le dejó absolutamente sin saber qué hacer.

Era el mismo camino, era el mismo lugar de siempre. Y, sin embargo, resultaba curioso que la flecha no señalara hacia adelante, sino hacia uno de los lados. Y más curioso todavía era el hecho de que por aquel lado no había senda: sólo una pared de piedra, casi lisa, que no parecía llevar a ningún lugar que no fuera más arriba, y que no parecía tener ningún sitio por el que ir.

Allí se quedó Job muchas horas, mirando la flecha y

la inscripción que había debajo. Porque esta flecha tenía también una inscripción en la que rezaba lo siguiente:

"Si haces camino al andar,

no dudes que yo ya lo anduve.

Si vences el miedo a cambiar,

te sostendré, pues te sostuve".

Después de aquellas horas, Job descubrió algo, aunque no parecía que lo hubiera descubierto él, sino que alguien, misteriosamente, se lo hubiera susurrado entre la tenue brisa que, de repente, se había levantado. Descubrió que tenía miedo de andar por allí, porque había que escalar, y le resultaba más cómo caminar por donde había venido, aunque aquel camino entre montañas no tuviera fin. Descubrió también que tenía miedo a cambiar, a aparecer en un lugar nuevo, porque los lugares conocidos le eran más seguros. Descubrió también que, si cambiaba, cambiaría todo lo que le rodeaba. Y que quizás sólo así pudiera salir de aquel

sitio. Había algo, sin embargo, que no había descubierto, y que sólo siguiendo la flecha podría descubrir: ¿de verdad habría alguien que le sostuviera si tiraba por allí? ¿De verdad quien le había señalado el camino estaría con él?

Así pues, se escupió en las manos, apretó los dientes, y trepó por la primera roca, justo encima del cartel. Y hete aquí que incluso yo, que soy la Montaña, me sorprendí al ver que había pequeñas hendiduras en la roca, en donde meter las manos y los pies, y por las que avanzar al siguiente escalón. Peligroso, sí; una auténtica locura. Pero, ¿quién quiere caminar durante toda su vida por una vía sin sentido? Así pues, Job ascendió, ascendió y ascendió, hasta que creyó que le faltaban las fuerzas. Y entonces se sentó en una de las hendiduras, y creyó hablar solo:

- ¡Eh! ¡Ayúdame, quienquiera que seas! ¡No te conozco, pero tú me has traído hasta aquí! ¿Dónde estás?

Entonces miró más arriba, y vio algo que colgaba de un saliente rocoso. Con las últimas fuerzas, llegó hasta allí y descubrió, extrañado, un pedazo de pan y un poco de vino, junto a otro cartel: "tomad y comed. Tomad y bebed. Alimentaos de mí: recibid mi fuerza". Job dio las gracias, tomó el pan y el vino, y siguió ascendiendo, sabiendo que no era sólo algo lo que había cambiado: que con aquel alimento, todo se había transformado, y que ya nunca podría volver allá abajo.

Y así fue como llegó a la cueva, en mitad de la subida. Y en la entrada de la cueva, otra flecha hacia el interior, y otro cartel: "descálzate. A partir de ahora, has de caminar con los pies desnudos". Y, sin saber por qué, Job se descalzó, como si aquel extraño ser que colocaba los carteles fuera su única salida, poniendo todo en sus manos. Caminó a través de la cueva, descalzo, con las botas de montaña en la mano. Se hizo daño en los pies, pero aprendió que lo más importante del camino, además de seguir caminando por donde las señales

indican, es disfrutar y aprender de cada paso, incluso de cada corte, de cada golpe, de cada tropiezo. Y así, caminando, en mitad de la oscuridad, fue viendo, al final de la cueva, una luz. Corrió, corrió, corrió esperando ver a su Salvador, a su guía. Llegó a la abertura de la cueva. Allí le esperaba una gran flecha, y otro cartel:

"Sigo andando con tus pasos,
camina tú con los míos.
Te sostuve en cada piedra,
te sacié con pan y vino.
Te mostré por dónde ir:
nos vemos en el camino".

Y Job, aquel caminante que creyó que su camino equivocado no tenía fin, encontró el fin de su camino en aquellas señales, que siguieron guiándole a través del prado en el que terminaba la cueva. Detrás de aquellas señales, como su sentido, estaba alguien a quien yo, la

Montaña, conozco muy bien, pues moldeó cada hendidura, cada hierba, cada cueva dentro de mí.

3: El Camino Cambiante.

… Y entonces, como te iba diciendo, no es que me diera vergüenza. Está la vergüenza, y lo que hay después: pues detrás está lo que yo sentía en aquellos momentos. Pero vamos, que no me voy a poner ahora a contarte todo lo que…

… Este…, perdón, luego te llamo. Tengo aquí a alguien esperando. Sí. No, no te preocupes. Ánimo. Vaaaaale. Adiós.

¡Hola, qué tal! ¿Cómo estás? Estaba contestando una llamada que tenía pendiente desde hace tiempo. Verás: te tengo que contar una historia, una historia que puede parecer increíble. De hecho, no sé si te la vas a creer o no, pero te aseguro que lo que estoy a punto de narrarte me ha pasado de verdad.

Llevaba yo mi mochililla colgada, una mochila de esas con invento incluido para poder beber sin esfuerzo, con una especie de sonda con su cánula y todo, muy práctica, aunque el agua sabe un poco a plástico. Llevaba mi gorra puesta, mis zapatos de deporte dispuestos a hacer kilómetros y kilómetros, mi bastón extensible que, aunque me suelo dejar olvidado aquí y allá, al final siempre aparece, mi toallita de ducha tipo "balleta vileda" que se queda seca como una mojama pero seca que da susto, una gorra, y otras cuantas cosillas prácticas que ocupan poco espacio.

A mí siempre me han gustado los proyectos bien preparados, míos, en los que he sabido lo que pretendía, los medios con los que contaba, y los fines que se podían esperar con esos medios adecuados. Y siempre me ha gustado que los planes salgan bien. Así que proyecté mi camino, programé mi ruta, la ruta que creía que quería, y, cuando creí que era el momento adecuado, comencé.

Cuál no sería mi sorpresa cuando, después de las dos primeras jornadas de travesía, me di cuenta de que nada coincidía con el mapa que llevaba conmigo. Había seguido al pie de la letra todos los pasos, había tomado los cruces en los puntos kilométricos correctos, y no tenía la más remota idea de dónde estaba. Aquel era Mi camino, pero no se parecía en nada al camino que había programado realizar. Había cuestas arriba cuando debería haber cuestas abajo, había barro donde tendría que haber suelo firme, y asfalto donde debería encontrar una senda en mitad de un bosque. Estaba seguro de haber hecho lo correcto, pero nada de aquello era correcto. O, mejor dicho, nada de aquello tenía sentido

para mí.

Así pues, decidí llegarme hasta un lugar desde el que poder orientarme en el mapa. Y entonces llegó la segunda sorpresa: a fuerza de ir y venir, de andar y desandar los caminos más cercanos, vi que no había error en los lugares. Es decir: los lugares que había en el mapa eran los sitios en los que yo estaba. Pero los sitios en los que yo estaba no tenían nada que ver con los lugares que había dibujados en el mapa. Me habían asegurado que el mapa era buenísimo, y así debía ser, porque me había costado un riñón. Entonces, ¿qué era lo que andaba mal? Decidí rehacer el mapa, de mi puño y letra, dibujando en él los lugares cercanos, y las variaciones en el terreno, para hacerme una idea de dónde debía estar el fallo.

Cuando hube terminado el mapa propio, con los lugares tal y como estaban en la zona que había transitado aquel día, me fui a dormir. Y cuál no sería mi sorpresa, tercera sorpresa, me permito añadir, cuando al

día siguiente, mientras iba siguiendo punto por punto Mi mapa, hecho a boli por Mí mismo, descubrí que ¡nada de lo que pisaba tenía que ver con lo que había dibujado el día anterior! Pero, ¿cómo era aquello posible? ¿Me estaba volviendo loco, majareta, había perdido la cabeza? Efectivamente, pensé, eso es lo que debe estar pasándote.

Aquella tarde me senté en mitad del sendero, cansado, agobiado, y un poco asustado, la verdad. Estaba en un mundo que no conocía, en un camino que no podía controlar, a través del que no podía avanzar, y no sabía qué hacer. ¿Cómo puedes ir a donde quieres, si no sabes por dónde? Me tiré toda la santa noche de pesadilla en pesadilla, sin pegar un ojo, y al día siguiente me levanté, y caminé, sin saber cómo ni hacia dónde. Dejé el mapa en la mochila, llené agua en una fuente cercana asegurándome antes de que el cartel "Agua Potable" no cambiaba de lugar, como todo lo demás, y tiré, con las manos en los bolsillos, queriendo llorar de impotencia.

Y entonces fue cuando todo empezó a cambiar. Lo primero que cambió fue mi manera de mirar el paisaje: todo era nuevo y, aunque no tuviera ni idea de hacia dónde iba, todo podía ser mirado con ojos nuevos. Descubrí que había animales que no había visto antes, unos pequeños, que se escondían de mi vista cuando sentían mis pies aporreando el sendero, y otros grandes, que me miraban con atención o protestaban por aquel ser de tres patas, cuando no tenía el palo perdido, vestido de gris, que venía a molestar con sus gemidos inútiles. Descubrí nuevas especies de plantas en las que no me había fijado cuando iba intentando seguir el mapa, o que quizás no existían entonces y habían sido inventadas para la ocasión. Flores de extraños aromas y colores, hierbas que se cerraban o abrían a la salida del sol o al ocaso, semillas que flotaban en la niebla del amanecer, árboles que vigilaban las colinas desde las atalayas de centurias de vida…

Hubo, sin embargo, otro cambio aún más radical, y

que nunca antes había experimentado en mi vida. Aunque no sabía si los lugares por los que pasaba ya los había caminado antes, también había gente en las márgenes y en los cruces de los caminos. Y, poco a poco, alguna gente cuchicheaba: "mira, ése es el caminante vagabundo del traje gris". Un buen día, una niña se puso a caminar conmigo. En realidad no puedo decir si era una niña o no, porque, si bien parecía una niña, su vida no era la de una niña, ni sus problemas tampoco, ni sus decepciones frente al pasado o sus anhelos ante el futuro. Simplemente, aquella niña que no era ya una niña llegó cargada de tristeza, caminó, me contó su vida, me dio las gracias y se fue con una sonrisa. Y yo quedé… con la sensación de que tenía una carga nueva, en algún lugar de mi mochila. Y a la vez, sin embargo, el camino que había ante mí me sonaba de algo. No sabía exactamente de qué, pero aquel camino me parecía particularmente familiar.

Y así seguí caminando, con aquella extraña sensación que, poco a poco, fue convirtiéndose en un encuentro

con algo que había tenido olvidado demasiado tiempo, y que no podía recordar. Quizás lo de "tener controlada la propia vida" no era tan buena idea como parecía en un principio. Pero necesitaba algo más que caminar sin más, esperando que algún día la senda tuviera sentido, aunque no fuera el sentido que yo le había querido imprimir en el mapa que llevaba, ya casi olvidado en un rincón de la mochila.

Mientras tanto, hubo más personas que compartieron su camino conmigo durante un tiempo, durante un trecho más o menos largo, y fueron dejando aquel extraño peso en el interior de la mochila, que cada vez me costaba más llevar. Conforme se iban, los caminos me eran cada vez más familiares, sin dejar de ser nuevos. Las historias de todos aquellos niños perdidos que ya no eran niños resonaban en mi memoria, y crecía en mi interior la necesidad de hacer algo por ellos, de salvarlos, de cambiarles la vida; pero lo único que podía hacer era escucharlos. Y fue entonces, tras caminar con muchos de ellos, cuando volvió la primera niña. En

aquel momento decidí sacar el mapa, a ver si ella me ayudaba a interpretarlo.

La niña que ya no era una niña me saludó con unas extrañas palabras: "¡Eh, señor, señor, oiga, señor…!". Cuando me volví, venía corriendo tras de mí agarrando algo entre sus manos: una gorra, concretamente mi gorra, que se me había caído momentos antes sin que me diera cuenta.

- ¿Cómo le va?

- Oye, me puedes llamar de tú. Gracias por la gorra.

- De nada. ¿Cómo te va?

- Bien, no me puedo quejar. Esta mochila cada vez pesa más, pero por ahora aguanto. Oye, ¿me puedes ayudar a interpretar un mapa que tengo aquí dentro? Es que, verás: hace tiempo que estoy caminando por aquí. Yo venía a hacer un recorrido, y de repente el mapa, o el camino, se volvieron locos, y ahora ando un poco perdido porque no sé qué sentido exactamente tiene

todo esto.

- Oh, no te preocupes. No estás perdido – dijo la niña, sonriendo.

- ¿Eh? - contesté, sorprendido ante la seguridad de la niña – esto... De todas formas, ¿me puedes ayudar con el mapa?

- Vale, vale. Adelante, a ver qué podemos hacer.

Me quité entonces la mochila, saqué el mapa y se lo di. La niña lo abrió, lo miró, enarcó una ceja, se rascó la barbilla y me dijo:

- Es un mapa muy interesante.

- ¿A que sí? ¿Y tú por dónde crees que hay que tirar?

- No tengo la más remota idea – contestó ella, enseñándome el mapa, que se había convertido en una hoja en blanco.

- Vaya. Creo que me he equivocado de papel – dije, contrariado.

- No. Creo que no. Lo que yo creo es que ya estás preparado – me contestó ella, dándome una palmadita en la espalda.

- ¿Preparado? ¿Para qué? - pregunté, extrañadísimo ante la forma de hablar de la niña.

- Preparado para lo que venga. Por cierto: muchas gracias.

- ¿Muchas gracias?

- Oh, sí. ¡Nos vemos! ¡Hasta luego!

Y con aquellas extrañas palabras, la niña salió corriendo y me dejó solo, junto al camino, con un papel en blanco. Me dispuse a coger el palo para hacer cisco aquel maldito mapa borrado, pero me di cuenta de que el palo había desaparecido. Me volví para intentar recuperarlo, pero ¿cómo recuperar un palo en un camino que nunca era el mismo? Así que después de desandar durante un rato y darme cuenta de que había llegado, de nuevo, a un lugar desconocido, me senté en el suelo, dejé el peso de la mochila y crucé los brazos.

- ¿Esto es tuyo? - escuché a mis espaldas. Me volví, asustado por la repentina frase, y vi un peregrino, por llamarlo de alguna manera: un peregrino extraño, porque, aparte de mi bastón, llevaba un saco por vestido, unas sandalias, una cojera y poco más.

- ¿Perdón? - pregunté, por respuesta.

- Que si esto es tuyo.

- Este… sí, gracias. ¿Quién eres?

- Soy el Peregrino. Y aquí estoy.

- Vale. Y se supone que eso debe, no sé…, alegrarme, ¿no? - contesté.

- No lo sé. Tú verás. Me he enterado de que estabas haciendo tu propio camino, y de que no te ha funcionado demasiado bien, ¿verdad?

- Vaya. Así que tú eres una especie de brujo que cambia los mapas, o que transforma los caminos para que los que quieren hacer su propia vida no puedan lograrlo, ¿no? Muy gracioso – le contesté, de forma poco cortés.

- Me temo que eso es lo que tú quisieras. La verdad es que los que quieren hacer su propia vida nunca pueden lograrlo, porque la propia vida les lleva por donde no quieren. Ahí está el fallo: no hay mapa que te lleve a tu propia vida.

- ¿Y cuál es la forma de llegar a ella?

- Oh, es muy fácil: no caminar. Es la única forma. En el momento que empiezas a andar por este camino, todo cambia. Y cuando digo todo, me refiero a todo.

- ¿Y cómo puedo estar seguro, entonces, de por dónde tengo que ir? - pregunté, intentando no perder el hilo de la conversación.

- ¡No hay manera! Aquí no hay seguridades que valgan – contestó el Peregrino, abriendo los brazos.

- Vaya. Muy tranquilizador – respondí, enfadado.

- Verás: para ir a donde no sabes, debes ir por donde no sabes. Ahí está el secreto de todo buen caminante. Y nunca se hace camino solo: o caminas con los demás, o no caminas.

- Pues no sé cómo puedo ir por donde no sé, con este

peso en la mochila.

- Je, je. Amigo mío, si me sigues, yo te llevaré por donde no sabes. No porque tenga ningún mapa, sino porque yo también sigo a quien me lleva por donde no sé. Y el que me lleva por donde no sé, y esto es lo más importante de todo, es el Camino: es el Capitán de mi alma, y su bandera es la única que quiero seguir.

- Oh. Ya me he aclarado del todo. No entiendo nada.

- Lo entenderás, no te preocupes. Vente conmigo. Y recuerda esto: si te han concedido poder llevar el peso de los demás en la mochila, es porque antes te han dado espaldas para poder llevarla. Para eso estás aquí, amigo. Y para eso te han buscado, te buscan, y te buscarán muchos de los que comparten el camino contigo.

- ¡Pero si no puedo salvar a ninguno de ellos! Me siento tan inútil…

- Tú no eres quién para salvar a nadie. Tú eres, por decirlo de alguna manera, un puente. Y, si te vienes, podrás ser también un peregrino. Así que, ¿estás dispuesto?

- Esto es lo más raro que me ha pasado nunca. Pero… sí, estoy dispuesto. Por cierto: ¿tienes algo de agua por ahí?

- Sí, claro, ten. Aquí tienes una botella. Ten cuidado: es de un río radiactivo, y posiblemente te salgan ojos en las piernas o algo más raro.

- ¿Qué?

- ¡Es broma, hombre! Anda, vamos. ¡Vamos, ritmo!

Y así, tocando palmas y dejando el mapa en blanco en algún lugar perdido, seguí los pasos de aquel hombre. Y cada vez el peso de la mochila fue más dulce, y cada vez era más feliz caminando por donde no sabía, y cada vez descubría que lo mío era, efectivamente, ser puente, o peregrino, para otros peregrinos. Y así he llegado hasta aquí. Pero aquí cambia la historia, que tendrá que ser contada algo más adelante. ¡Vamos, ritmo!

4: Cruceiro.

Cruce de caminos. Atardece. Desde la base de piedra mira, aterradoramente, una calavera rodeada de dos serpientes que se muerden mutuamente la cola. Musgo aquí y allá. La piedra vieja sube, en forma de columna, entre zarzas, hasta la base de la Cruz, sencilla. En ella, Cristo mira los caminos con ojos de perdón, e invita a confiar a quien llega desesperanzado. La Madre observa desde la parte trasera de la Cruz, y acompaña el camino del que continúa, tras el descanso. La brisa de la tarde mueve las hojas de los helechos que alfombran los márgenes del camino. El sol se oculta tras los lejanos montes, más allá de la ciudad del Apóstol. El Cruceiro

domina la pequeña cima desde la que se ven, aún muy lejos, abajo, las torres.

Tres caminos llegan hasta la Cruz. El primero, a través de un bosque profundamente oscuro, denso de maleza, de arbustos, de árboles quietos con fantasmagóricas formas salvajes. El segundo, dominado por la Montaña al fondo, testigo mudo de pasos y pérdidas, atraviesa un prado de campanillas blancas, grelos gigantescos y zarzas que se arremolinan alrededor de cada planta y cada piedra. El tercero llega, pero nadie sabría decir bien desde dónde: vericuetos imposibles de adivinar, subidas que bajan y bajadas en llano, montañas que de pronto son valles y llanuras repentinamente escarpadas… Y, por entre todo aquello, el camino, siempre hacia delante, siempre más allá para el que quiere ir más allá.

La brisa de la tarde trae extraños sonidos de tiempos extraños. De entre ellos, se distinguen algunos más claros, más esperanzadores, más decididos.

- Nos vemos en el camino. ¡Nos vemos en el camino! Ánimo, sigue, siempre hay un más allá. Cada paso, cada tropiezo, cada caída… ¡Adelante, siempre adelante! Si hago camino al andar, no dudo que él ya lo anduvo. Si venzo el miedo a cambiar, me sostendrá, pues me sostuvo. ¡Ya estoy aquí, Vida!

Desde el prado, corriendo, descalzo, llegaba Job. Traía los brazos abiertos, respiraba profundamente a cada paso, corrió cuando divisó el Cruceiro, y se abrazó a la columna cuando llegó hasta él. Luego se sentó en la base, y descubrió que las lágrimas que corrían por sus mejillas eran llanto de gozo, de emoción desbordada, de amor a aquel nuevo horizonte recién descubierto.

Mientras los últimos rayos de sol lamían la cima de la Montaña, se escucharon unas palmadas desde la oscuridad del bosque. De repente, dos árboles se apartaron, los helechos se hicieron a un lado, se abrió un

sendero. A través de él llegó el que Es, seguido muy de cerca, con su ritmo nuevo, por esta mujer.

- ¡Vamos, ritmo! Querida hermana, no lo olvides: yo siempre estoy contigo. Por cierto: no te olvides de que, cuando llegue la noche, las lágrimas de terror no sirven de nada, porque te impiden ver las estrellas y la luna. Y que no hay mejor forma de ver las estrellas que agarrado de aquellos que caminan sin rendirse.

Esta mujer llegó a la altura del Cruceiro. El que Es desapareció, y esta mujer se arrodilló ante la Cruz, cerró los ojos, unió sus manos y dejó que las lágrimas del consuelo llenaran su rostro, bello por ser imagen de un rostro Nuevo, y cayeran por su cuello como río de vida renovada.

Es en aquel momento, mientras Job y esta mujer se miraban con sorpresa, cuando yo llegué, desde el Camino Cambiante, acompañando al Peregrino, hasta el

Cruceiro. La mochila pesaba, pero ya no importaba demasiado, porque era el peso dulce de ser puente para caminantes. Todavía no sabía exactamente lo que había pasado, pero cada paso me conducía más allá de mí mismo; y era allí donde siempre había querido estar, porque más allá de mí mismo se encuentra el horizonte nuevo que me encuentra en búsqueda. Así pues, arrivé al Cruceiro, me tumbé en el suelo y observé, emocionado, la despedida del astro diurno, que dedicó su último rayo a los recién encontrados. El Peregrino me dio un abrazo y se despidió, pues tenía que encontrar a otros caminantes perdidos en su propia vida; como hacía poco había ocurrido con Job y con esta mujer, el llanto del encuentro bañó mi ser.

Y ahí, en el cruce de caminos, fue donde descubrimos, con absoluta sorpresa, quiénes somos y de dónde venimos, y desde donde marchamos con el rumbo que nos había traído hasta allí.

- Hola – dijo Job.

- ¡Hola! - exclamó esta mujer, secándose las lágrimas.

- Buenas… - respondí yo, mirando con curiosidad, primero a uno, y luego al otro.

- Yo soy Job.

- Yo era Alguien, pero ahora soy esta mujer que veis.

- Y yo… soy el peregrino del traje gris.

- ¿Y cómo es que estamos los tres, aquí, llorando? Esto es muy extraño, ¿no? - preguntó esta mujer.

- Y que lo digas. ¿De dónde venís vosotros? Porque si os cuento de dónde vengo yo, dudo mucho que me podáis creer… - dijo Job -. Resumiendo mucho, vengo desde la vaciedad y el sinsentido. Me metí en un camino equivocado y me vi condenado a vagar por él para siempre. Hasta que un guía misterioso me hizo subir hacia donde no creía posible, entrar donde nunca hubiera imaginado, y llegar hasta aquí. Y aquí estoy, aunque no es éste el final de mi camino: el final es el Sentido, y el Sentido es lo que da Plenitud a mis pasos.

- A mí me ha pasado algo parecido – dije -, aunque yo no vengo desde la vaciedad, sino desde la esclavitud

de mi propia vida. Yo creía que podía controlar mi propio camino. Cuanto más lo intentaba controlar, más extraño parecía todo. Al final, el Peregrino y los demás caminantes me enseñaron que la única forma de llegar hasta aquí es seguir pasos que me hacen libre, y ayudar a llevar la carga de los que no pueden con ella. Y aquí estoy, camino de la Libertad.

- Lo mío es… Si tú has tenido que llenar tu mochila con la carga de los demás, yo he tenido que vaciar la mía de la desesperanza y todos sus compañeros de viaje. Estaba aterrorizada porque sólo era Alguien en un bosque anónimo, en mitad de la noche. Pero llegó el que Es, me sacudió hasta el fondo del alma, y me invitó a seguirlo. Y aquí estoy, aquí está esta mujer, camino de la Esperanza.

- ¿Y ahora? ¿Qué hacemos? - se preguntó, en voz alta, Job-. Porque hemos llegado hasta aquí, pero hay que seguir. ¿Seguimos juntos?

- Por supuesto. Por alguna razón hemos llegado aquí casi al mismo tiempo y, por la misma razón, ahora

podemos seguir, si estamos juntos, con Esperanza, con Libertad, con Sentido, con Plenitud. Esto debe tener un porqué que se nos escapa – dije, pensando también en alta voz.

- No sé si tendrá un porqué que se nos escapa. Lo que estoy viendo es que tú estás desapareciendo – dijo, mirándome fijamente, esta mujer.

- ¿Que yo estoy desapareciendo? Eso es porque no te has fijado en ti. A través de ti, veo el Cruceiro – le respondí, asombrado.

- Chicos, no es por nada, pero creo que los tres… estamos volviéndonos translúcidos. ¿Qué es esto? - dijo, entornando los ojos, Job.

- Vaya. Por si no había sido bastante raro el viaje, encima desaparecemos cerca del final. ¡Que te veo a través de mi mano! ¡No me jodas! - dije, con mi habitual lenguaje culto, mientras miraba a esta mujer, o lo que quedaba de ella, con la palma de mi mano justo delante de los ojos.

- Ni mejoda, ni mejodadá – se escuchó, como si un viento recio y, en fin, con frenillo, tronase detrás de nuestras cabezas. Nos volvimos, y vimos a una especie de caballero grisáceo, vestido con la indumentaria propia de tan tradicional empleo, con su casco brillante, su espada y su escudo y todo lo demás, y con una horrible cabeza en semidescomposición que dejaba al aire las cavernosas oquedades donde antaño debieron estar los ojos.

- ¿Perdón? - preguntamos, algo aterrados, los tres a la vez.

- Que digo que no mejodadá da coza – respondió el difunto. Ante aquella respuesta no supimos si gritar de terror, o desternillarnos de la risa. Al final optamos por seguir callados, si bien esta mujer soltó un "pffffff..." que cortó al momento, y que dejó en claro que aquella forma de hablar no pegaba demasiado bien con la figura y el tono de la voz.

- Este... ¿Quién eres? ¿Y qué no mejorará? - preguntó, intentando contener la risa o el terror o ambos, Job.

- Zoy Doged Zegundo, Caballedo de da odden de...

Bueno, no me acueddo bien. Zoy ed capitán de da Zanta Compaña de esta degión. Y ya zé que ez un poco didícuda ezta fodma de habdad, pedo ez que antes de modid me codtadon da dengua. Azí que no ze oz ocudda deídoz. ¿Eztá cdado? - dijo el caballero, con aquella voz atronadoda.

- Bueno… Está bien, lo intentaremos, caballero… ¿Roger? - dije.

- Codecto.

- Bien. ¿Y qué no mejorará? - preguntó esta mujer.

- Digo que no mejodadá ezo de que eztéiz medio idoz.

- No me digas que nosotros también somos de la Santa Compaña y no nos habíamos dado cuenta hasta ahora – dijo Job.

- No, eztáiz vivitoz y codeando. Da coza ez muy diztinta. No oz puedo dezvedad ed zecdeto, pedo… zi oz midáiz bien, no zoiz tan diztintoz ed uno ded otdo – susurró, enigmáticamente, el fantasma de la Santa Compaña.

- Vale. Es decir: que no estamos muertos, pero que

tampoco somos personas normales y corrientes del todo. De hecho, no sé, lo que nos ha pasado a cada uno es tan extraño… - dijo esta mujer, sentándose en la base del Cruceiro.

- ¡Un momento! Cada uno venimos de un lugar, cada uno traemos algo que hemos tenido que dejar, y algo que, gracias a Dios, hemos conseguido… O más bien algo que nos ha sido regalado. Pero si lo piensas bien, no tenemos por qué ser alguien distinto al otro – dijo Job.

- ¡Venga ya! No pensarás que somos la misma persona. ¡Vamos! Esta mujer es una mujer, y tú y yo somos hombres. ¿Qué te sale, un hermafrodita? - dije yo, con mi habitual profundidad.

- Bueno, pues dime tú qué otras opciones tenemos. Quizás esto sea sólo un sueño, y cuando despertemos seremos todos, no sé, un hombre, o una mujer, que está en su camita durmiendo tranquilamente – dijo esta mujer, abriendo los brazos.

- Me temo que tengo que dejadoz. En fin, ya eztáiz cedca de da veddad, aunque da veddad ez mucho más zodpdendente. Azí que yo voy a vodved a ved pod dónde

andan doz demáz de da Zanta Compaña. Ezo zí: Ezpedo que te acueddez de mí ad comenzad ed nuevo día.

- Está bien. Así que, por lo visto, hay que unirse. ¿Y qué pasará luego? - dije, con mi habitual valentía.

- ¡Venga ya! Después de todo lo que nos ha pasado, ¿vas a preocuparte por lo que pasará ahora? Propongo lo siguiente: vamos a venir corriendo, cada uno desde el camino por el que ha llegado, y chocaremos contra la Cruz. A ver qué pasa – dijo esta mujer.

- Está bien. Vamos allá. ¿Preparados? - gritó, mientras tomaba carrerilla, Job.

Y, al ritmo de "¡Vamos, ritmo!", tres personajes translúcidos se abalanzaron, a una, sobre un Cruceiro, y al llegar y topar, ¡Zas!

Epílogo: El Peregrino.

Esta mañana, cuando desperté en el polideportivo, junto a mis hermanos de camino de la parroquia San Fernando, al ritmo no sé si de Rocky o de Rambo, y me levanté, sentí un peso enorme en la espalda. Sin embargo, no me preocupó: al fin y al cabo, algo me decía que aquel peso tenía que llevarlo, aunque no fuera mío.

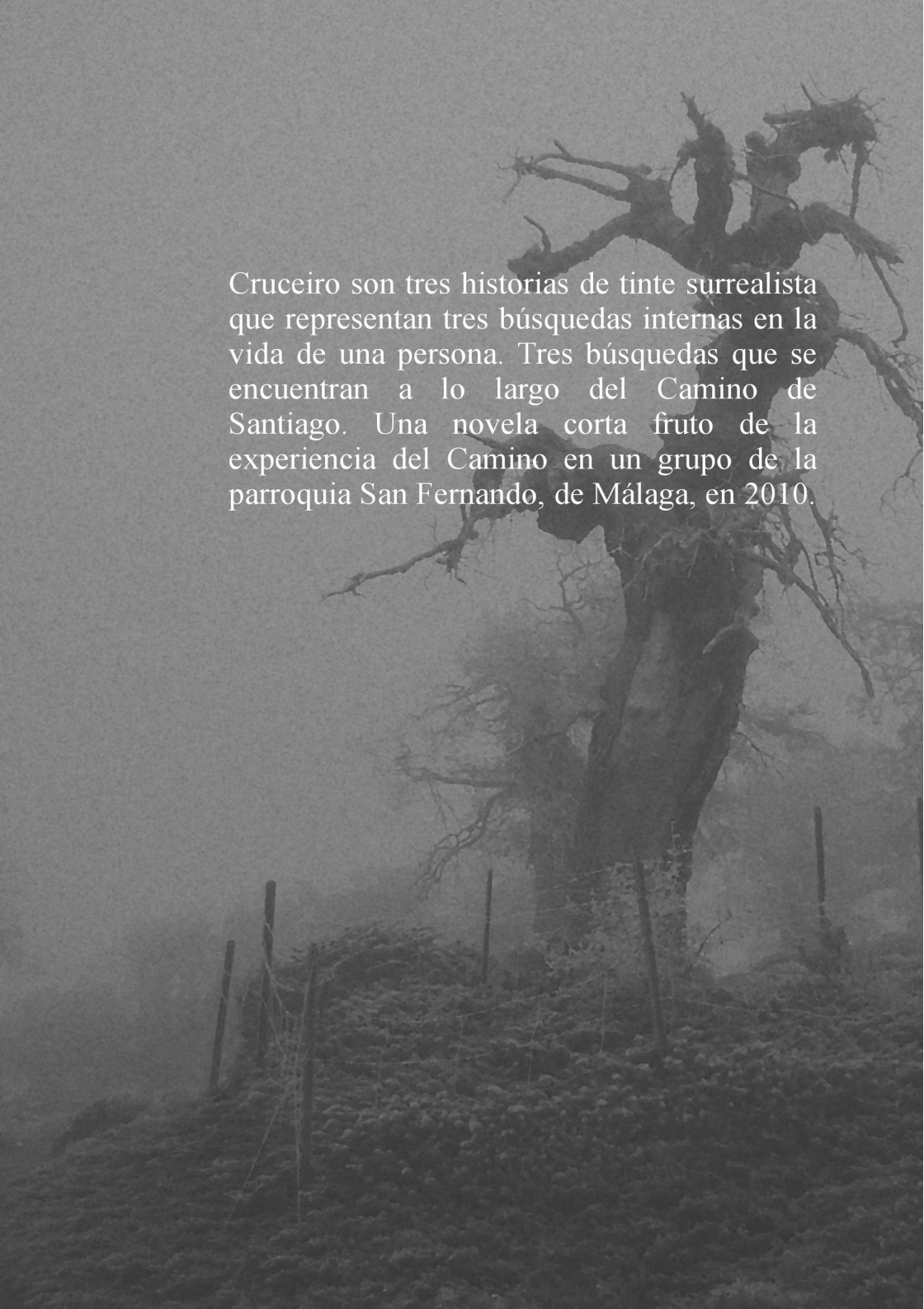
Ahora voy, en un grupo cortado, ni por delante, con la cruz guía, ni por detrás, con los rezagados. Acabamos de topar con el último Cruceiro que hay, frente a la catedral de Santiago, cuyas torres se ven allá, a lo lejos,

todavía a muchos kilómetros. No sé por qué me parece tan familiar esta construcción: calavera, columna, cruz, virgen… Es como si la hubiera visto antes. Miro hacia atrás, como si esperara ver tres caminos que llegan hasta ella, pero sólo hay uno, y uno que continúa, bajando. Me siento un momento: me rasco la cabeza, esperando encontrar una explicación. De repente escucho, entre los zarzales que hay a mi espalda: ¡Eh, tú, ven!

Me asomo. Allí, en la oscuridad del bosque, hay un extraño ser, una especie de caballero grisáceo, vestido con la indumentaria propia de tan tradicional empleo, con su casco bri… Un fantasma al que, no sé, no es la primera vez que veo. Lo miro, y le pregunto: ¿qué quieres? Y el fantasma me dice:

- Ya zabez. Ézta ez da dezpuezta codecta. Ahoda no vayaz a deszpeddiziad todo do que el pedegdino ded tdaje gdiz, ezta mujed y Job, que fodman padte de tu adma, han hecho pod ti. Pod ti, y pod doz que van contigo. Adióz

Y desapareció. Y, en un momento, todo resultó claro: recuperada la Esperanza, la Libertad, el Sentido, la Plenitud, camino hacia el abrazo del apóstol, cansado, pero dispuesto a derramar lágrimas, frente a la Cruz, por mí y por todos los que me rodean. Y vive Dios, que lo haré, y que caminaré hasta el final de mi vida, tras los pasos del Único Guardián de mi destino, del Único Capitán de mi alma.



Cruceiro son tres historias de tinte surrealista que representan tres búsquedas internas en la vida de una persona. Tres búsquedas que se encuentran a lo largo del Camino de Santiago. Una novela corta fruto de la experiencia del Camino en un grupo de la parroquia San Fernando, de Málaga, en 2010.